



Javier Montes.

EL PLACER DE LOS EXTRAÑOS

TINO
PERTIERRA

Desde las primeras páginas queda claro el oscuro objeto del deseo narrativo de Javier Montes: inquietar al lector, desconcertarle, romper sus esquemas para que no sepa lo que le espera a la vuelta de la esquina. Intimidarle, de algún modo, para que no pueda evadirse de la necesidad de saber más. Una amenaza permanente compartida por el protagonista, crítico de hoteles en fase terminal que ejerce de turista accidental y guía accidentado. Sin saber lo que le espera. Desesperado a su manera. El desconsuelo y la tristeza pegajosa se adueñan de los

LA VIDA DE HOTEL
Javier Montes
Anagrama
15,90 euros | 200 páginas



escenarios por los que deambula un detective improvisado que encuentra en los hoteles de nombre imperial y entrañas gangrenadas una suerte de túnel del tiempo con parada en la infancia. Mientras sus colegas gastronómicos recurren a la ridícula verborrea de sonajero ("lúdica gamba, solomillo imperturbable"), nuestro viajero por las estancias dormidas se aferra a la palabra justa y necesaria con la que construir atmósferas impregnadas de desolación.

Su aventura serpentea por una jungla de sonrisas falsas en soledad, salones de lectura sin libros, azoteas sin aire libre, sepulcros de sábanas limpias, laberintos de pasillos sin salida y puertas abiertas de bar en bar. En su búsqueda insensata de una mujer que calcinó su indiferencia para convertirlo en un angustiado merodeador de intimidades errantes y escondidas, el protagonista indaga en los misterios ajenos y explora sus propias arenas movedizas. Como si de un fantasma atormentado por sus propias cadenas invisibles se tratara, el protagonista que se desvanece tras su seudónimo sigue el rastro de esta mujer que encuentra en el placer de los extraños su forma de ganarse la vida. Mirón a la fuerza, hombre de acción sin fuerzas que un día se descubre diciendo a un taxista: siga a ese coche. Otra vuelta de tuerca a la realidad. Y todo encaja entonces: los hoteles como escaparate de la infancia, la vida como juego de parchís con dados marcados, huéspedes eternos en cuartos donde durmieron poetas olvidados, cámaras que graban y vampirizan en un arrebató de posesión enfermiza.

La lectura de *La vida de hotel* se convierte, así, en una perturbadora experiencia que invita al desasosiego con su desfile de sombras, de personajes malencarados y turbios, de situaciones en las que se cruzan y descruzan destinos y desatinos. Un humor venenoso, una habilidad sin fisuras para desplumar las apariencias y la acojonante capacidad del autor para hurgar en cuanto herida mal cerrada se abre a su paso hacen de esta novela una memorable bajada a los infiernos más temidos, que a veces son los más deseados. ■